

Mujeres rebeldes



SIENTO UNA ENORME ADMIRACIÓN por Lidia Falcón desde que leí su texto autobiográfico *Los hijos de los vencidos* (1979) y tuve ocasión de comprender el inmenso drama que había acechado a la escritora y feminista en los primeros años de la postguerra. La obra, que empezó a escribir en la prisión barcelonesa de la Trinidad, donde pasó seis meses acusada de publicar y distribuir literatura antifascista, relata con un tono crudo y directo la experiencia terrible de una niña que por pertenecer a una familia de ideas progresistas tuvo que enfrentarse con la miseria más absoluta durante los primeros años de la postguerra. En definitiva, la dura vida de una auténtica «hija del mundo», que no debió de ser, y eso es lo que más le estremece al lector actual, ni más ni menos desventurada que la de otras muchas personas en sus mismas circunstancias. Yo nada sabía hasta leer este libro del íntimo orgullo con que aquella «mujer de acción» reconstruía su pasado, sus orígenes en el seno de una familia librepensadora y culta que se estrelló en el pavimento del franquismo para dar vueltas y vueltas sobre sí misma en la tristísima lucha por la supervivencia.

Lidia Falcón había crecido siendo hija, nieta y sobrina de mujeres como Enriqueta O'Neill o Carlota O'Neill que se partieron el pecho por vivir de acuerdo con unos valores que hoy aceptamos comúnmente; pero eso quiere decir también que creció desgarrada entre dos polos grotescamente incompatibles para las mujeres de entonces (una vez cerrado a cal y canto el apunte de libertad republicana), como fueron por un lado la ideología dominante —lo que después vino a definirse como «mística de la femineidad»— y por el otro, la ambición íntima e innegociable de aspirar a un mundo más digno.

Ahora Lidia Falcón publica *La vida arrebatada*, continuación del libro anterior y preámbulo a sus *Memorias políticas 1959-1999*, texto memorialístico publicado en 1999. En él, la autora nos habla de su larga trayectoria política que empezó en 1959 con el inicio de su colaboración con el PSUC y que se fue decantando cada vez más hacia la defensa de la

causa feminista, de la cual ha sido una de sus principales impulsoras en España hasta la actualidad. *La vida arrebatada* repasa los años anteriores pero desde una vertiente mucho más personal e íntima. Así, se detiene en su juventud, en el fracaso de su primer matrimonio contraído a los 17 años, en la difícil crianza de los hijos, en la experiencia radical de la soledad... un texto terrible que recuerda por la extrema miseria que recorre sus páginas a *Las cenizas de Angela* de Frank McCourt. Sólo que en esta ocasión no se trata de la ya legendaria ciudad irlandesa de Limerick sino de la ciudad de Barcelona, un espacio permanentemente hostil en el recuerdo de la escritora: pensiones sucias y destartaladas con una mortecina bombilla en los dormitorios que las hace imposibles para los estudios, comidas infames, trabajo a destajo, relaciones sexuales insatisfactorias, miradas repro-

batorias ante el menor ejercicio de desacato... Las descripciones de los sórdidos espacios domésticos en los que se ve obligada a vivir junto a sus hijos resultan memorables.

De no ser porque disponemos de tan pocos textos autobiográficos escritos por mujeres, podría decirse que la historia de su vida es una historia representativa de muchas luchas marcadas por el dolor y el sufrimiento. No es, en este sentido, un libro navideño como sí lo pueda ser el brillante ejercicio memorialístico de Jaime Salinas (*Travesías*) pero la lectura de *La vida arrebatada* resulta igualmente inolvidable. Y el listón está cada vez más alto...

Anna Caballé

Nota

-Publicado en *Blanco y Negro Cultural*, diciembre 2003.